

## SINDROME REGENTA

Hace tiempo que estoy enferma, muy enferma. El dedo gordo de mi pie habla con el del otro. Los veo desde mi posición, tumbada en la camilla, en el centro de la Unidad de Cuidados Intensivos. La pequeña ciudad de provincias es la habitación de una UCI, con sus farolas, con sus árboles, con sus tiestos. El Síndrome Regenta comenzó a invadir mi organismo desde que tengo uso de razón; ¿a los dos años? ¿O quizá a los tres? La ciudad dormía la siesta y mi cerebro empezaba a ser consciente de mi cerebro. Mientras la ciudad dormía la siesta, yo comenzaba a sufrir. Un veneno mortal empezó a extenderse por mi cuerpo, por mi ropa, por el lugar donde vivía, por mi colegio, por mi instituto, por la universidad, por las cafeterías, por las calles, por los auditorios y teatros, por las salas de exposiciones, por los parques, por los pasillos. El Síndrome Regenta aparecía en cada una de las risas burlonas de los pequeños habitantes de la no menos pequeña ciudad; todos iguales, con sus uniformes de soldados del bando de la uniformidad, del bando de la falta de identidad, del bando de la muerte. Todos profesando el gran culto de la ciudad; su valor supremo: que la blusa te haga juego con el pantalón. La ciudad dormía la siesta

vestida para dormir la siesta; con un vestido encorsetado, pretendidamente elegante, pretendidamente respetable. Con una caja de muerto por ser pretencioso, vacuo, oscuro, asesino. Las risas estúpidas condenaban al distinto, al original, al que está realmente vivo. Las risas estúpidas intentaban colgarte un estigma en la frente, un epitafio con el que pretendían adornar tu tumba: "eres maldita por ser distinta. Eres maldita porque piensas. Eres maldita porque no eres uno de los nuestros, uno de los que vestimos para que se nos respete, que oímos música para que se nos respete, que vamos a una exposición para que se nos respete, que tenemos un gran coche para que se nos respete, que tenemos una elegante casa para que se nos respete. Eres maldita y ridícula porque tú no haces las cosas para que te respeten, porque tú vas con una falda roja y una blusa azul para escandalizarnos, porque tú oyes música y lloras cuando oyes música y todos dicen "pobrecita ridícula", porque tú nunca has luchado por tener un gran coche; "patosa, si ni siquiera sabes conducir", porque tus sueños no son los nuestros: no sueñas con una casa de más de cien metros cuadrados en tu cabeza; sólo tienes a un Dios que ni siquiera existe y unas amistades tan distintas como tú, tan parias como tú.

El Síndrome Regenta se extendió por todo mi cuerpo de mujer.

Sólo faltaba que llegase al corazón para que ese cancer invadiese todo mi cuerpo. Mi expresión comenzaba a tener un gesto avinagrado que hacía presagiar la muerte de mis entrañas. Mi corazón salió de la aséptica sala verde y echó a correr por las calles hasta llegar a la estación. Cogió, llevado por la necesidad de ser libre, el primer tren que partía. Mi corazón se fue antes de que lo envenenaran. "Eres maldita porque "eres"".